

Al cabo de un cuarto de hora la señorita Berard, fatigada, sin duda, de su prolongado baño, dirigióse á la playa.

Apenas salida de las ondas, entró de nuevo en la mas completa oscuridad.

En vano la buscáramos con la vista.

Tan invisible era ya entonces para nosotros, como nosotros para ella.

Permanecimos en la plataforma todo el tiempo que ella empleó en vestirse, inmóviles y silenciosos, contemplando siempre con admiracion el cuadro de la mar fosforescente, pero interiormente confesándonos que ya no tenia el mismo atractivo para nosotros.

El roce de un vestido contra las rocas, un rumor imperceptible casi de pasos ligeros en la arena, una voz que se alejaba tarareando una cancion, nos dieron á entender que la diosa Anftrite, convertida en mujer, regresaba á su terrestre morada.

Nunca sabrá ella que mortales humanos contemplaron sus encantos.

Clozel y yo nos juramos no descubrir los misterios del maravilloso baño á que asistimos.

Esta discrecion nos la debemos á nosotros mismos, y la debemos á la señorita Berard.

Si he faltado á mi reserva con vos, es porque vos sois un hombre grave, un magistrado, á quien todo se le puede decir y que sabe olvidarlo todo.

Por lo demás, creo que me hareis esta justicia: yo solo os he hecho admirar el cuadro en su conjunto, sin mostraros ni sus detalles, ni sus líneas, ni sus contornos.

Sabeis por mí, únicamente, que la señorita Diana es maravillosamente bella, y nada mas.

Y todos los habitantes del Pouliguen pueden decir lo que yo.

Su traje de baño es lo suficientemente traidor, como vereis,

por cuanto el mar empieza á bajar, las olas pierden su violencia y todas nuestras bañistas van á correr á la playa. ¿ Venís?

— Con mucho gusto, dijo Luciano, cruzando su brazo con el de Desvignes.

— En cuanto al lado mágico del espectáculo á que asistimos Clozel y yo, continuó el armador, en cuanto á esa soberbia iluminacion que nos deslumbró durante una hora larga, son cosas de que creo inútil hablaros. Únicamente se cree en ellas despues que se las ha visto, y acúsase siempre á los narradores de exagerados ó de ridículos entusiastas. Así, pues, ya habeis notado con qué circunspeccion os sondeaba. Antes de lanzarme á mi relacion, he adquirido la prueba de que, habiéndoos iniciado algunos libros científicos en los misterios de la fosforescencia marina, os hallábais preparado á escucharme, á creerme.

Mas de una hora hacia que Desvignes charlaba, sin verse interrumpido, tal era la impresion que su relato causára en el jóven magistrado.

Aquel cuadro pintoresco y coloreado, aquellas imágenes en que el realismo se mezclaba á la poesia, en que todo el lado material y sensual estaba hábilmente disimulado por colores tiernos y suaves, y en que se adivinaba mas que se veía, habian hecho profunda huella en la imaginacion de Luciano, presta á despertar de su modorra, y debian coadyuvar á la obra de transformacion que se operaba en él.

Los dos amigos habian vuelto á la playa grande, á aquella donde se encontraran, y la habian hallado mas animada que una hora antes; pero con una animacion esencialmente mundana.

La colonia del Pouliguen habia bajado á la orilla del mar y ofrecia una curiosa mezclanza de *toilettes* de todos géneros, y un rumor confuso de gritos, risotadas y palabras.

Varios grupos de mujeres, en su mayor parte jóvenes y lin-

das, con un libro ó un bordado en la mano, sentadas en la arena, ó en una silla de tijera, habíanse apoderado de los sitios de preferencia para asistir á los retozos de los bañistas.

Algunos hombres, todavía vestidos, ó en bata de baño, circulaban ante ellas.

Una bandada de muchachos corria, chillaba y se perseguia; otros, silenciosos y graves, construian sobre la arena formidables fortalezas, que un simple soplo del viento ó una caricia de la onda debía en breve borrar.

Mas lejos, una enorme caldera llena de agua de mar, calentaba y preparaba á los bañistas su tradicional baño de piés.

Una mujer viva, avispada, gentil, á pesar de sus sesenta navidades, la tia Pinaud, se encorbaba bajo el peso de los trajes que ordenaba en las barracas, y regañaba á su yerno, á su hija y á sus nietas, cuyo celo no corria parejas con el suyo.

Varios lugareños armados de sendos rastrillos recogian la ova abandonada por las olas.

Unos cuantos chiquillos del lugar, cabalgando en asnos, galopaban por la arena, gritando: ¡Á diez sueldos la hora!

Y un pobre ciego, recostado en el espolon, con su gran sombrero de anchas alas puesto en el suelo ante él, tocaba en su bigornia un antiguo cantar del país.

Mar adentro, ninguna barca ya; todas habian fondeado.

Y en tanto el piélagos retirábase lentamente, sin estrépito, sin ruido, plañideramente en cierto modo, cual si exhalase un suspiro de pesar.

De repente, en los grupos á que se habian mezclado Desvignes y Luciano de Aubier, operóse un movimiento.

«¡Hedla allá!» dijo una voz.

Todas las conversaciones se interrumpieron, y los que circulaban, paráronse.

—¿Quién es ella? preguntó á su compañero, Luciano.

—¡Ella! contestó Desvignes; ella; la señorita Diana Berard;

é inclinándose al oido de Luciano, añadió: la mujer de fuego.

—¡Ah! ¿tan grande impresion produce su llegada?

—Sí; en los hombres, que admiran su belleza, y en las mujeres, que la envidian. Añadid á ello un vivísimo sentimiento de curiosidad por la nadadora mas elegante y mas intrépida que pueda haberse visto. Por lo demás, vos mismo juzgareis; hedla aquí.

Ella se adelantaba, en efecto, tranquilamente, sin darse prisa, como para dejar á Luciano, que no la conocia aun, el placer de admirarla.

Vestia un traje de baño de franela blanca, que dejaba en descubierto un cuello gracioso y robusto, proporcionado á su talla mas que regular, y unos brazos vigorosamente modelados.

Sus piés breves y combados, cubríanlos unas sandalias de gruesa tela, ornada de lazos azules.

Una bata de lana, blanca como el vestido, negligentemente echada sobre los hombros, permitia adivinar un seno de correcto dibujo, un busto esbelto, elegante, y unas caderas delicadamente contorneadas.

Y, coronando aquel cuerpo al que su robusta armazon no robaba nada de su aristocrática elegancia, una cabeza llena de contrastes, como el cuerpo, irregularmente clásica, ó clásicamente irregular, si tal puede decirse.

Cabellos de matiz desconocido, rubio-fuerte, ó rubio-leonado, *flava* ó *fulva comes*; segun los latinos; cabellos, ni castaños, ni rubios, ni rojos, y participando de todos los tonos, frondosos, de desmedida longitud, pues parecia tener gran trabajo en poderlos ordenar sobre su cabeza, y, á pesar del calor del sol, era tanto lo que confiaba en su espesor, que ni llevaba gorra, ni sombrero.

Esta cabellera abundosa, original por demás y cuyos matices debian llamar la admiracion de los pintores, elevábase sobre una frente ancha, despejada, orgullosa, audaz.

Cejas acentuadas, ojos sin color distinto, como los cabellos, amarillo-oro tal vez, bordados de luengas pestañas destinadas á suavizar una mirada demasiado profunda, y de demasiada fijeza; una nariz griega, delgada, fina, con sus ternillas siempre temblorosas; labios frescos, dó abundaba la sangre, dejando entrever dos hileras de blancos y menudos dientes; una barba algo gruesa, indicando la resolucion y la tenacidad en el carácter, y finalmente, esparcida sobre este rostro, una cálida coloracion que daba á todos sus rasgos una vida, una animacion, un movimiento maravillosos.

Cuando cruzó ante él, Luciano sintió una especie de desvanecimiento é inclinó la cabeza.

El magistrado que, hasta aquel entónces, solo habia prestado sérios homenajes á la justicia, habíase hecho hombre y se inclinaba, no ante una mujer, lo cual hubiera sido cosa natural, sino ante la mujer, ó mejor dicho, ante la belleza.

¿Comprendió la señorita Berard toda la trascendencia de este movimiento involuntario y espontáneo, ó bien notó sencillamente á un lindo mozo, alto, esbelto, de tez pálida, de rasgos distinguidos y espresivos que se encontraba por vez primera á su pase, ó tal vez le reconoció por haberle visto en alguna ceremonia oficial, cubierto con su birrete franjeado de plata, y revestido de su solemne toga ornada de armiños?

Difícil nos seria contestar á ello con exactitud, pero lo cierto es que várias personas la vieron contestar con una penetrante mirada á la inclinacion de cabeza del sustituto.

Llegada á la orilla del mar, despojóse rápida de su bata, entregándola á una doncella que acaba de reunirse á ella, y, sin vacilacion ninguna, sin exhalar ninguno de esos gritillos que el frescor del agua arranca á los bañistas, continuó avanzando intrépida.

Durante unos segundos, mantúvose en pié.

Despues, de improviso, al aproche de una ola algo fuerte, zambullóse y reapareció á algunos metros mar adentro.

—¿Hasta donde llegará hoy? preguntó uno.

—Mucho me temo que no vuelva á cometer otra nueva imprudencia, contestó una voz no lejos de Luciano.

Esta voz conmovió á d' Aubier.

Parecióle que traslucia á ternura y conmocion.

Volvióse y vió á un hombre de unos cincuenta años, alto, flaco, largo, huesudo, encorvado, ahuecado, por decirlo así.

Tenia las mejillas chupadas, los pómulos violáceos y salientes, apagada la vista, los ojos hundidos y profundamente ojeros, el bigote y la barba ralos y canos.

Una enfermedad orgánica debia, antes de tiempo, haber envejecido y desgastado á aquel hombre, cuya fisonomía era, sin embargo, bella y cuyas maneras acusaban la mas fina distincion.

—¿Quién es ese señor? preguntó Luciano á Desvignes.

—Es el señor de Sery. Pertenece á una rancia familia bretona que antaño alcanzó laureles en las guerras vendeanas. Su padre, ó su abuelo, no puedo precisároslo, fue muerto al lado de La Rochejaquelein, en el combate de Chollet. El de Sery actual vive á lo gentilhombre campesino, en una magnífica heredad, la Sauviniere, sita á orillas del Loire, á dos leguas de Paimbœuf. Es riquísimo; aunque creo que daría toda su fortuna por un poco de salud.

—En efecto, parece muy cascado.

—Es tísico; ved ahí su mal. Nadie lo dudará, solo con verle y únicamente él es quien lo ignora, De todos modos, sépalo, ó nó, el apellido de Sery está próximo á estinguirse.

—¿No tiene hijos?

—Nó; su mujer murió de parto, y durante los veinte años que ha pasado llorándola, porque habeis de saber que de Sery es un escelente sujeto, lleno de corazon y muy apasionado, á

pesar, ó mejor dicho, á causa de su enfermedad que, segun aseguran, predispone á la pasion.

—Y, decid: ¿tiene algun parentesco con la señorita Berard?

—Ni por pienso; ¿por qué me lo preguntais?

—Parece que esa jóven le interesa. He sorprendido algunas palabras...

—Ya lo creo que le interesa; mas nó como parienta...

—¿Cómo lo esplicais, pues...?

—¡Pardiez! porque está enamorado de ella...

—¡De veras! ¿qué? ¿no llora ya á su difunta mujer?

—Todo tiene su fin en el mundo... ¡Veinte años de lágrimas, es algo...! ¡Cuantos viudos no pueden hacer gala de tanto duelo!

—¿Como sabeis que está enamorado de la señorita Berard?

—Ante todo, esa es cosa que se nota al momento. Vos mismo habeis visto que la señorita Diana le interesaba. Además, he sabido, por mi notario, que la habia pedido en matrimonio.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡á su edad! ¡enfermo como está! ¡una señorita tan linda!

—Por lo mismo, Diana se ha negado con entusiasmo.

—No esperaba menos.

—Sin embargo, su negativa tenia cierto mérito. La señorita Berard dista mucho de ser rica, y con tal enlace, podia serlo, eso sin contar con que aseguraba la felicidad de su padre.

—¡Como! ¡su padre hubiera consentido...!

—Habria hecho mas que consentir; habria deseado...

—¡Vaya! ¡ese es un padre imposible!

—Casi, casi; figuraos que es un inventor.

—¡Un inventor! ¿que quereis decir?

—¿Habeis leído las obras de un novelista apreciable, de Hector Malot?

—He leído: *Le Beau Frère*.

—Me refería á su: *Bonne affaire*. En esta hubierais visto la

historia de un personaje, que se parece como una á otra dos gotas de agua, el señor Berard. Inventa, inventa siempre, no importa que, lo mismo le da, se arruina, arruina á su mujer, á sus hijos, y sin embargo, dale que dale, inventa que inventarás. Nació inventando, é inventando morirá. El padre de Diana tenia una regularcita fortuna y la ha disipado haciendo experimentos en gran escala sobre un nuevo sistema de alumbrado que á nadie se le ha ocurrido adoptar. La señora Berard murió de pena; su marido la enterró, la lloró, no durante veinte años como el otro, pero en fin, la lloró... y para consolarse, púsose á inventar de nuevo. Tratábase, esta vez, de una metamórfosis completa en el arte del dorado. Pero ¡quíá! los fabricantes la rechazaron, diciendo que ninguna ventaja les tenia gastar el doble de lo que actualmente gastaban en sus procedimientos. En tanto que su padre se ocupaba en nuevos ensayos, educábase la señorita Diana en un gran colegio de París. El señor Berard, siempre que podia robar un instante á sus tareas, iba á verla y la mantenía en sus ideas de rico porvenir, ideas siempre sonrientes para una señorita. Como todos los inventores, estaba persuadido de que de la noche á la mañana seria millonario, y empezaba ya haciendo un noble uso de su fortuna, ofreciéndola á su hija. «Toma, querida Diana, toma, le decia, siempre seré bastante rico, á mí con poco me basta.» Diana tomaba... aficiones dispendiosas; eso es todo cuanto su padre la habia ofrecido. Á los diez y siete años, salió del colegio donde habia sido educada, ó mejor dicho se le dió á entender que era ya tiempo de entrar en el mundo: advertid que el señor Berard se habia olvidado de pagar los dos últimos trimestres de pension. ¿Cómo vivió ella desde los diez y siete hasta los veinte y dos años? no sabré decíroslo. Su padre, que por entonces acariciaba, segun creo, la idea de vulgarizar un nuevo sistema de labranza, la hizo viajar por diversos paisés, á espensas de sus suministradores de fondos. La invencion no se arraigó; pero, en cambio, la miseria

comenzaba á dejar ver sus descarnadas orejas cuando el señor Berard heredó el año pasado tres mil libras de renta de una vieja prima que tenia en Nantes. Al momento acudió á la villa con la esperanza de vender su renta y hacer con el capital nuevos experimentos; empero, la difunta habia previsto el caso; la renta era inalienable, El padre y la hija tienen, pues, para vivir, tres buenos mil francos, y han tenido el talento de establecerse en Nantes donde, con esta renta y alguna economía, todavía se puede figurar. La hija, durante el invierno, frecuenta la sociedad; y los veranos, viene á pasarlos aquí, donde goza de merecida admiracion, como habeis podido juzgar. En cuanto á su padre, continúa inventando en provincia, como en París. Ha descubierto una nueva hélice, mucho mas poderosa que la antigua, segun pretende, y ha venido á proponerme la esplotacion, á cuenta y mitad, de su invencion, lo cual me ha dado ocasion de conocerle íntimamente y de iniciaros en todos estos detalles. Rehusé la asociacion, lo cual, si bien no es muy cortés, en cambio es prudente. En la actualidad está buscando cien mil francos para construir su máquina y adaptarla á un buque asaz temerario para confiarle su casco. Cuando el señor de Sery le pidió la mano de su hija, olvidó la edad y la precoz decrepitud del suspirante, y no vió sino una cosa; su hélice. Y no es decir que sea un mal padre ¡libreme Dios! muy al contrario, es un excelente varon, pero mas inventor que padre, y para ver triunfar una de sus ideas, daria todo el universo. Afortunadamente, la señorita Berard no comparte el entusiasmo del autor de sus dias; no quiere sacrificarse á un hélice, y ha rechazado enérgicamente al pretendiente. Lo cual habla muy alto en favor suyo. En su posicion, con sus gustos, á los veinte y dos años, una jóven por lo general tiene priesa por hacer una eleccion, y á no pocas señoritas nantesas conozeo yo, que no vacilarian ni un momento en casarse con de Sery, por su nombre y su grande fortuna, á pesar de su edad y de su poca salud.

Iba tal vez Desvignes á continuar sus esplicaciones, cuando un movimiento que se produjo en la playa llamó toda su atencion y la de Luciano.

Todas las mujeres, sentadas un momento antes, acababan de levantarse y parecian mirar con ansiedad en direccion á la mar.

Los niños se habian aproximado á ellas.

Los cosechadores de ovas, apoyados en sus grandes rastrillos, dejaban interrumpido su trabajo.

Algunos hombres gesticulaban y hablaban con animacion.

—Sí; es ridiculo, decia uno de ellos; un baño de mar sin maestro bañista y sin lancha de salvamento.

—En Pornic hubieran corrido ya á su auxilio.

—Pero ella no parece que pida socorro, objetaba un jóven.

—Lo mismo dá, puede sobrevenirle un accidente, y á tal distancia ¡qué seria de ella!

—Pues ¿por qué nada tan lejos? replicó la mujer del capitán de carabineros, hembra regordeta y de tipo vulgar. ¡Que se bañe como nosotras! Pero, se empeña en que la vean!

—¡Oh! dijo al oido de Desvignes, Closel, el secretario del prefecto; la que acaba de hablar podria nadar hasta América, si gustase; seguro que nadie repararia en ella.

—¡Ved! ¡ved! exclamó uno ¡ahora se dirige á la Torre roja! ¿está loca? ¿no ve que el mar baja y la va á arrastrar?

—Corro al puesto en busca de una lancha, dijo de Sery con emocion; hay que preverlo todo.

Estas observaciones y estos temores no dejaban de ser justificados.

La señorita Diana Berard cometia una verdadera imprudencia.

Sus fuerzas podian faltarle; apoderarse el frio de ella súbitamente y la corriente del canal llevarla mar adentro.

Y entonces, á tan larga distancia, perdida estaba sin remedio.

Hasta aquel día, siempre habia nadado con intrepidez poco comun; nunca empero, se alejara tanto de la playa.

—Apostaria á que nada por álguien, añadió la dama á quien la señorita Berard parecia serle poco simpática.

Esta observacion maligna, y que no fue comprendida por todos, tenia una apariencia de verdad.

Así como los actores acostumbran, á veces, olvidar al público y representar especialmente por una persona amiga, á la que perciben en la sala, así tambien la señorita Diana debia parecer, á ánimos contra ella prevenidos, que pretendia lucirse en natacion, únicamente en honor de uno de los espectadores de la playa.

Sin tener conciencia de estas hablillas, de estos pensamientos, de estos temores, continuaba Diana alejándose de la costa, nadando tranquila en direccion á los Impairs, donde sabia que podria reposarse sobre las rocas á flor de agua, ó en los escalones de hierro de la Torre roja.

Ya con dificultad se conseguia distinguir sus movimientos, y hubiera podido desaparecer de repente, sin que nadie lo advirtiera.

La ansiedad aumentaba en la playa, y todo el mundo interrogaba ávidamente á dos ó tres personas provistas de gemelos y de catalejos.

Clozel figuraba entre los privilegiados.

Colocado junto á él, abusaba Luciano de su superioridad gerárquica para pedir prestado, lo mas á menudo posible, al secretario del prefecto el instrumento tan apetecido en aquel instante, empero, varias bañistas observaron que los gemelos corrian riesgo en manos del jóven magistrado, pues experimentaban varias oscilaciones de péndulo, yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si el brazo que los suportaba se hallase afectado de un nervioso tic.

Luciano de Aubier consiguió, al fin, por un momento, fijar-

los ante sus ojos, y el espectáculo que vió causóle tan viva emocion, que no pudo contener un grito.

—¿Qué hay? le preguntaron á la vez varios de sus adláteres.

—Ha desaparecido, contestó con temblorosa voz.

Algunas mujeres nerviosas hicieron como si se encontraran mal, en tanto que otras personas, olvidando el respeto debido á la magistratura, arrancaron los gemelos de manos de Luciano.

Pero mientras se los disputaban á porfia, óyese una voz que decia:

—Tranquilizaos; solo habia dado un chapuzon; acaba de reaparecer y se mantiene en pié sobre las rocas de los Impairs.

—¡Ah! exclamó Luciano suspirando.

—¡Cuánta batahola! ¡y solo por una mujer! murmuró la mujer del capitán de carabineros, ó mejor dicho la capitana de carabineros, como se complacia todo el mundo en llamarla.

Varios jóvenes peroraban en un grupo.

—Ha llegado á la Torre roja, y descansa, decia uno de ellos ¡Muy bien que hace! Pero ¿cómo diablos va á volver? Tiene que desandar lo andado, y el regreso es mucho mas difícil.

—¡Bah! replicó Desvignes; volverá como ha ido; no la conoceis.

Estas últimas palabras produjeron un sonrís en los labios de Clozel.

El hecho es que Desvignes y él la conocian muchísimo, desde noche fosforescente.

Sorprendió Luciano el tal sonrís, comprendiólo y, á partir de aquel momento, concibió una especie de aversion al secretario del prefecto.

—Y, mientras que esa jóven espone así su vida observó una madre de familia, ¿qué hace su padre?

—Inventa, contestó Desvignes.

La ansiedad habia cesado.

Distendíanse los nervios.

Era aquello el entreacto.

Cada cual se reposaba de las pasadas emociones y tomaba fuerzas para las emociones venideras.

—¡Ah! exclamó Closel; ha descansado ya lo bastante y emprende el regreso.

Y al mismo tiempo tendió sus gemelos á Luciano, que no osó desdeñar esta prueba de deferencia.

La curiosidad imponía silencio al rencor.

La señorita Berard alejábbase entonces de los Impairs y parecía dirigirse hácia la playa.

Pero las personas que la observaban no tardaron en reconocer la inutilidad de sus esfuerzos.

Lejos de avanzar, apenas si podía permanecer estacionaria.

Evidentemente, con la marea descendiente habíase establecido, hácia el centro de la bahía, una corriente de las mas violentas en direccion de la plenamar.

—Perdida está si no corren á su auxilio, dijo uno.

—Pero ¿qué hace el señor de Sery? ¿no habia ido á buscar una embarcacion?

Sí que habia ido.

Pero la playa es rebelde, cuando se anda por ella; los piés se hunden en la arena; la marcha de los mas jóvenes, de los mas robustos, se ve retardada.

Y el gentil-hombre breton, como sabemos, no pecaba por exceso de vigor, ni por exceso de juventud.

Llegado al muelle, habia corrido en busca de una lancha.

Encontró muchas en el puerto, pero como no debían salir sino hasta la marea de la mañana siguiente, estaban desarmadas y sus propietarios descansando en sus hogares, zurcían sus redes, ó, entablados en la taberna, bebíanse el producto de su pesca.

Mas de un cuarto de hora necesitó de Sery para decidir á

dos marineros á seguirle en su embarcacion, y hacerse mar adentro.

Si la señorita Berard hubiese estado en peligro desde el principio de su imprudente escursion, tiempo hubiera tenido de ahogarse por lo menos diez veces.

Por fortuna el peligro no existía en realidad sino desde hacia un momento.

La lancha llegó á la punta de la escollera, en el instante en que la intrépida nadadora parecía no poder luchar ya contra la corriente.

Los marineros, estimulados por de Sery, remaban con vigor, pero, en vez de dirigirse en línea recta hácia los Impairs, debieron, so pena de chocar contra los bancos de arena, seguir el canal y sus revueltas.

Sufrían el inconveniente de las grandes mareas, durante las cuales la ola sube mas rápida y mas fuerte, pero tambien se aleja mas veloz, arrastrando tras de si una mayor cantidad de agua y dejando en seco terrenos siempre sumergidos, en tiempo ordinario, hasta en la marea baja.

Cuando el señor de Sery llegó á los Impairs, era tarde ya.

La señorita Berard habia desaparecido.

En vano escudriñó por todos lados; en vano interrogó todos los puntos del horizonte.

Solo descubria olas, siempre olas, confundiéndose á lo lejos con el cielo.

En la playa, la emocion era indecible.

Habíase tranquilizado todo el mundo en el momento en que la lancha apareció en el extremo de la escollera.

Todos esperaban que llegaria á tiempo.

El interés general compartióse entre Diana y los que corrían á su auxilio.

Pero, cuando se vió á la embarcacion seguir las sinuosidades